



a

21

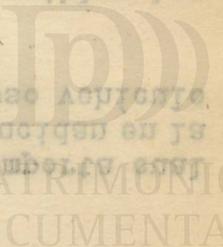
3000046

namientos rechazaron sus gloriosos colegas el pabellón de Yara, que el propio Céspedes había propuesto. La República, pues, sería democrática, y el Presidente, un ejecutor de la voluntad popular, a la cual tendría que dár cuenta en todo momento de sus actos. Céspedes fue vencido, bien que aceptó con limpia serenidad patriótica su ocasional derrota.

¿Por qué no sacar a Agramonte del angosto marco en que se le encuadra generalmente? Es preciso divulgar, con sus proezas de guerrero, sus proyecciones de político; su desinterés personal, que lo alejó siempre de turbias ambiciones burocráticas; y aún su viril limpieza, que hizo de Amalia Simoni, su mujer, el único norte sentimental de su vida.

Amor es comprensión. Sólo comprendiendo a Agramonte es posible amarlo; y sólo yendo hacia su vida, metiéndose en ella, se le puede comprender. En aquel Camagüey de hace setenta años, el héroe que caería a los treintidós por la libertad de Cuba, era un suceso humano poco común. Se desbordó de su clase, y estuvo siempre más allá de lo que el clima sofocante de una sociedad llena de prejuicios medievales podía encontrar discreto. Amó como a hombres los esclavos, y frente a Céspedes pidió su liberación definitiva; quiso la elevación de su pueblo y concibió la unidad nacional como una de sus bases más firmes; encarnó, en fin, la postura democrática más enérgica de todo el 68, la que más se acerca a nuestros días y que con mejor ejemplo puede inspirarnos. ¡Ojalá salga de este centenario una revalorización cabal de su figura, tan definida a veces en lo accesorio, en lo anecdótico y externo, como olvidada en su grandeza fundamental!

*May 21/41*



PATRIMONIO DOCUMENTAL